

CONVERSACIONES CON FERRAN SANCHIS

Los endemoniados. El santuario de la Balma de Sorita fue el escenario de ceremonias de nigromancia desde muchos siglos atrás hasta que, en el año 1932, el Gobierno republicano prohibió estas prácticas supersticiosas.

El embrujo del Maestrazgo

► La Balma acogió ceremonias de exorcismos que celebraban las «caspolinas» y que la Segunda República trató de erradicar

RABOS DE Pasa



Joan Montañés
CASTELLÓ

■ Arrancamos con la leyenda del *avenc del diable* que contaban los naturales de la zona del Penyagolosa. Al parecer, en las inmediaciones del macizo se halla una gruta vertical de difícil localización de la que los *masovers* de la partida ignoraban su profundidad exacta. Uno de éstos movido por la curiosidad ideó el plan de lanzar a la obertura una soguata con una albarda atada a un extremo. Cuando el contrapeso tocó fondo, el hombre comenzó a tirar para recuperar la ensilladura y conocer la verdadera longitud que alcanzaba la cavidad. Cuál no fue su sorpresa, que habiendo concluido la operación, se halló frente a frente con el mismo demonio aupado sobre el arreo del macho. «*Sí que és fonda la coval!*», exclamó. Como se ve, esta narración nos indica cómo de cercano estaba lo fantástico de lo cotidiano, o incluso que el propio Satanás se encontraba a un tiro de piedra.

El santuario de la Balma del pueblo de Sorita es una iglesia de estilo renacentista construida

dentro de una cueva junto al río Bergantes. Durante siglos acogió ceremonias de nigromancia congregando en su interior a sacerdotisas del vecino Aragón y a perturbados de todos los puntos de la geografía. Sobre estas prácticas esotéricas fijaron su mirada en el primer tercio del siglo XX, el periodista agnóstico Alardo Prats, que publicó *Tres días con los endemoniados*, (1929) y el médico católico Ángel Sánchez Gozalbo, que escribió *Bolanger de dimonis* (1931). Fue el propio gobierno republicano el que en 1932 tomó cartas en el asunto prohibiendo las ceremonias de las brujas de Caspe e impedir así que siguieran oficiando su magia con enfermos de epilepsia o el baile de San Vito.

Alardo Prats y À. Sánchez Gozalbo describen las prácticas esotéricas en el primer tercio del s. XX

Un exorcismo en la cueva

«*Que salgan por las manos, que salgan por los pies!*», invocaban las *caspolinas* en los aquelarres para que el Maligno saliera del cuerpo del *poseído*. Alardo Prats nos describe en su libro sobre aquella España tenebrosa un exorcismo. Una joven de piel transparente como una telaraña



El prodigio frustrado

► Alardo Prats, a la derecha de la imagen. Momento de la representación del demonio en su lucha contra el ángel.



los brazos caídos, las manos muertas y la cabeza colgando hacía un costado, se transforman en las piernas, los brazos, las manos y la cabeza de un ser autónomo pero poseso. El corro se aparta de la muchacha con el fin de protegerse de los mandobles que causan sus espasmos. No obstante, la tiritona se torna en rítmica danza, las extremidades se tensionan y trazan giros como los una vela. Luego, la muchacha

dibuja con la espalda un arco de medio punto que se extiende de los pies hasta el moño, con el mérito añadido de no caer sobre el entarimado. Aquello no era el baile de San Vito; con aquella violencia de los gestos y las convulsiones realizadas con apasionamiento aquello más bien parecía una juerga flamenca en las cuevas del Sacromonte.

Entonces, la joven grita un canturreo incomprensible que le sale del fondo del alma. Sus pro-

pios bramidos y las sacudidas se sincronizan con los cantos de las brujas en corro. El tembleque del frágil cuerpo y las babas que brotan de la boca componen una estampa que produce el espanto del resto de los asistentes. De un momento a otro la joven expulsará el demonio por los pies, por los pechos o por los dedos de las manos, «*por los ojos no, que me quedaré ciega*», se le oye decir. Después, se le despausa un botón de la camisola y se pueden ver los pezones que, por su aspecto erizado, parecen ser la vía de escape elegida por Lucifer. Más tarde, la chica realiza una serie de molinetes como una peonza dejando a vistas las enaguas mientas las greñas le cubren la cara de cera y los lazos añiles saltaban por los aires. Al punto, lanza las albarcas de esparto y las otras piezas de ropa hasta que la chica, extenuada, se precipita contra el suelo completamente desnuda.

En ocasiones, el ritual degeneraba en actos más mundanos, que, sin duda, también constituían un importante elemento de esparcimiento para aquellas multitudinarias concentraciones humanas.

RITA LA CANTAORA TAMBIÉN FUE A SORITA

► Rita Giménez García, más conocida por el sobrenombre artístico de Rita la Cantaora, nació en Jerez a mediados del s. XIX y murió en Sorita el año 1937. Se desconoce a ciencia cierta la causa por la que la folclórica, al ser evacuada del pueblo de Carabanchel Alto durante el asedio de Madrid, acabó en la población de

Els Ports. Lo que no nos debe de extrañar es que la tonadillera tuviera noticia de los hechos por los que era famosa la Balma.

Rita la Cantaora, por las noticias de los cabales del cante jondo, fue una artista del montón que

alcanzó la fama por motivos ajenos a su arte gracias a dichos despectivos muy populares en la época: «*Que trabaje Rita*» y «*Eso se lo dices a Rita la Cantaora*».

Las envidiosas, que son legión en la farándula, airearon que la jerezana no estaba tocada por el *duende* y que únicamente servía para la copla y los *jaleos* menores. Quien había disfrutado de un cuadro flamenco en la cueva de Luis Candela viendo actuar a Fosforito el Viejo y La Coquinera, o a los míticos Pavón y el Niño de Escacena, sabía del abismo que separaba a Rita de los más grandes. Quizás, por esta razón, cuando le hablaron en el Sindicato del Espectáculo de su traslado a un pueblo del Maestrazgo donde se expulsaba al demonio del cuerpo de los posesos, ella pensó que, al fin, se encontraría cara a cara con el *duende*. Ya nadie puede atestiguar que la noticia de

los demonios de la cueva de la Balma transportaran a la artista, por unos segundos, a aquella otra cueva, la de Luis Candela, donde ella tantas noches suspiró por poseer el preciado don de los flamencos puros.

En Sorita, a pesar de la prohibición del Gobierno, se siguieron practicando los rituales furtivos, hasta que tras la guerra, un guardia civil, con el fin de impedir definitivamente el acceso a las brujas y a los *posesos*, gritó: «*¡¡¡Aquí no entra Dios!!!*».

